

Novela Popular Cinematográfica

**COBARDE EN
APARIENCIA**

Año 1
Núm. 18



25 céntimos

Protagonista:

FRANK MAYO

Revista Semanal

AFRAID TO FIGHT

1922

Cobarde en apariencia

Novela cinematográfica basada en la película del mismo título.

Exclusiva de "Hispano American Films", Valencia, número 233

Protagonista: FRANK MAYO

I

La familia, compuesta por la madre y por los dos hijos, Tomás y la pequeña Soledad, vivía pobremente en aquella casa de campo, apartado un poco de la ciudad. Como si aun fueran pocas las desgracias que tenían que soportar, es decir, la enfermedad de Tomás, que se terminaba degenerando en tuberculosis, y la de la pequeña, cuyas piernas estaban inútiles, Tomás, que era el que ganaba el sustento de todos, se quedó sin trabajo, con lo cual aumentaron las amenazas que se cerraban sobre aquel hogar infortunado.

Como si esperara aquella mala nueva para acrecer más aún, la enfermedad de la pequeña Soledad tomó, por aquellos mismos días, mayor incremento. Y Tomás, olvidándose de sus propios males, olvidándose de que se había quedado sin trabajo y de que tenía que buscar nueva ocupación, se pasaba las noches enteras en vela, al lado de su pequeña hermana enferma.

¡Qué amor más grande el de Tomás por aquella criatura! Con sus pulmones amenazados, se pasaba noches y días seguidos al lado de su cama, presidiéndole los más sobrios cuidados.

Tan larga fue la temporada que pasó así, que en los últimos días se encontraba ya, continuamente, cansado, medio-dormido, con todos sus músculos rebelándose contra aquellas espinosas viglias.

La madre, que veía todo esto, sufría doblemente, tanto por la enfermedad de la pequeña, cuanto por el peligro que corría, dado su delicado estado de salud, el hijo, con aquellos desvelos continuos. Y una mañana, viéndose decaído, cayéndose de sueño, le dijo:

—Tomás, hijo mío, mira que vas a empeorar. Acuérdate de tus pulmones que están propicios a enfermar, y muy gravemente...

No temas, madre, me siento capaz de pelear hasta con mi somnra.

Aunque Tomás se hallaba, como hemos dicho, sin empleo, y, por lo tanto, la familia no disponía de ningún dinero, el médico que de siempre los había visitado, trajo a un especialista para que examinara a Soledad.

Cuando este doctor llegó, Tomás se hallaba fuera, quién sabe con qué esperanzas de encontrar ocupación. ¡Cómo si esto fuera cosa fácil!

Hizo el especialista un detenido examen a la enferma y, cuando lo hubo terminado, dijo con tono doctoral: —El mal está, no en las piernas, sino en la espina dorsal. Pero no hay ninguna deformidad permanente, hasta ahora.

—¿Cree usted, entonces — preguntó la madre — que podrá curarse?

Antes de que el doctor contestara, la muchacha se puso amargamente, diciendo que todo le dolía mucho y que no podía soportar tanto dolor.

La madre, suavemente, la consoló:

—No hagas caso, hijita, mía, de tu dolor. El hecho de que te duela demuestra que aun tienes cura. Lo malo sería que no te doliera. Entonces sí que todos seríamos desgraciados!

—¿Dices, madre querida, que podré curarme? — preguntó la enferma con alegría —. ¿Es cierto? ¡Lo dirás seriamente! ¿Es decir, que podré volver a jugar con los demás niños...? ¡Oh!, ¿qué contenta estoy! ¡Ya no me duele nada! Y si ahora pudiera disponer de mis pies... ¡con qué alegría saltaría al cuello de todos...

El doctor, a quien no habían dejado hasta ahora contestar, asovó:

—Yo no la puedo curar. Pero en New York hay un gran curandero que la curará si llega a tiempo.

La pequeña continuó:

—¡Oh, ponerse bien: poderle ayudar, madre, a lavar la ropa, a arreglar la casa, a fregar los platos, a coser. Poder tener todas las cosas dispuestas para cuando venga mi querido hermano Tomás, volver a casa después de su trabajo.

Pero el día — dijo apenas la madre dirigiéndose a los dos doctores, al de casa y al especialista — la operación, todo eso, costará mucho dinero, ¿no es verdad?

—Sí, mucho. Unos tres mil pesos.

—¡Oh! Es aquí una ilusión que se desvanece.

—Pues no les quedará otro remedio que hacerlo — agregó el doctor.

—Sí, ciertamente. Pero, ¿cómo? ¿Somos pobres...? Mi hijo no trabaja... ¿Cómo, pues, hemos de proporcionarnos una suma tan elevada?

—En verdad, esto es terrible — dijo un doctor al otro y ambos, visiblemente de despedirse, salieron.

Un momento después, cuando apenas habían tenido tiempo de alejarse los doctores, regresó a casa Tomás, descorazonado, sufriendo horriblemente y perdida ya

casi la esperanza; todo ello porque aun no había encontrado empleo lo cual, ciertamente, le desesperaba mucho más que su enfermedad, de la que ni siquiera, muchas veces, se acordaba.

En cuanto entró, su madre, que le esperaba, contenta por la buena noticia que había de darle, triste por no saber como podrían solucionar lo referente al dinero, le dijo, sin esperar ni un instante:

—¿Sabes, Tomás, que la enfermedad de Soledad tiene cura?

—¿Sí?

—Sí, hijo mío. Ha venido nuestro médico acompañado de un especialista, el cual ha asegurado que Soledad puede curarse totalmente.

—¿Pero es cierto? ¿De veras que la pueden curar?

—Sí, claro... Mas no podremos. Fíjate bien ¿no podremos?

—¿Por qué?

—Porque, hijo mío, para el viaje, la operación y los demás gastos inmensurables hacen falta unos tres mil pesos... ¿De donde vamos a sacar nosotros una suma tan grande?

—Pues no habrá más remedio que encontrarla. La salud de Soledad lo exige. ¿Pues qué, vamos a permitir que muera sabiendo que puede curar?

—¿Y qué haremos, hijo mío? No es cosa que esté en nuestra voluntad.

—Pues es preciso buscar, encontrar, ganar esa suma. Yo soy joven. ¡La ganaré!

—¿Pero cómo, Tomás, si tú también estás enfermo?

—Eso no importa. Me siento con fuerzas para emprender los trabajos más difíciles, los más arduos. Todo antes que permitir que muera mi hermanita, tan inocente, tan pura, tan niña aún. ¡Apenas si se ha asomado a la vida y ya la muerte la amenaza! ¿No es esto horrible? Yo, que soy un hombre, debo salvarla...

—No hay, por otra parte, Tomás, mucho tiempo por delante. Ha dicho el especialista que, pasado un año, ya será tarde.

—Doble motivo para que yo me preocupe de este asunto.

No hablaron, de momento, más. Madre e hijo se dirigieron a la habitación en que la pequeña enferma, continuamente tendida en su cama, estaba.

—¿Qué le vas a decir?—preguntó a Tomás su madre.

—No lo sé. Pero ya encontraré palabras consoladoras, palabras de esperanza.

—Ten mucho cuidado. Ella lo ha oído todo. Sabe que puede curarse.

—Mejor. El que ella lo sepa, sería un motivo más para darme energías, caso de que me fallaran.

Cuando entraron y Tomás se acercó a su hermana y la besó, como siempre, con gran cariño, ésta le dijo alegremente:

—¿Sabes ya la buena nueva, hermanito? ¡Me pueden curar! De tal modo me pueden curar, que podré correr, brincar, saltar por encima de las cercas... ¿Lo sabes?

—Sí, hermana querida, Mamá acaba de decirme lo. Y estoy muy contento de saberlo. Pronto, en efecto, podrás correr a tu gusto, y saltar cuanto quieras, y jugar a todos los juegos, y bailar y danzar y brincar. Tus piernas estarán ágiles para todos los ejercicios; tu cuerpo no sentirá ya esos dolores punzantes que tanto te hacen sufrir a ti y a nosotros.

—¡Oh qué alegría, hermano mío, madre mía! Venid y abrazadme; venid que os abraza. ¡Hoy es un gran día para todos!

Tomás meditaba, oyendo a su hermana, un plan cualquiera para ganar aquel dinero que era tan necesario. Y aunque no encontraba ninguna idea salvadora, seguía meditando. Era preciso, de un modo u otro tener aquellos pesos. La madre, entretanto, entristecida y apenada...

un poco lejos de la cama en que los dos hermanos, abrazados, hablaban, sollozaba silenciosamente. Porque no alcanzaba a ver ninguna probabilidad de reunir aquel dinero.

La escena, con el llanto de la madre, la contenida tristeza del hombre y la alegría ruidosa de la enfermita, era extraordinariamente penosa, hasta poner, en el espectador, un nudo en la garganta.

La enfermita, como en un sueño, habló de nuevo:

—Me pondré buena, creceré, tendré un novio y luego, cuando me haya casado, tu hermano y nuestra madre, viviréis conmigo y con mi marido, que será una buena persona, porque si no lo fuera yo no le querría y no queriéndole no me casaría con él.

Tomás, tomándolo, forzosamente, por lo cómico, respondió a su hermana:

—Magnífico. Pero vas muy de prisa. Héte ya casada, con un buen marido. Tan difícil que es encontrar tal cosa! Decididamente tendremos que ayudarte a buscarlo.

—Bueno. Para eso eres mi hermano.

—Bien, bien. Pero no pensemos aún en eso. Ahora, lo que urge es que te cures. Después, ya veremos lo que se hace.

—¿Pero si lo de mi curación es ya cosa cierta, segura!

Estas palabras, tan sencillas, pusieron fin al diálogo. ¿Qué había de contestar a ellas Tomás?

La madre, en su apartamiento, seguía sollozando.

Pasaron varios días sin que Tomás encontrara trabajo. Y cada noche, cuando volvía al hogar, venía más desesperado. La madre no le decía nada pero era bien visible que sufría, de un modo terrible, en silencio, calladamente. Asistía a la desesperación de su hijo, que cada día estaba más enfermo, pero que no por esto se desesperaba, sino por no encontrar un medio de ganar dinero, asistía al proceso lento de la enfermedad de

su pequeña que sabía podía curarse y que no tenían los medios necesarios para curarla.

II

Por los alrededores de la vivienda de Tomás, vagaban, hasta ya unos días, ciertos personajes extraños. Venían en un automóvil, dos de ellos, y de ante, corriendo, otro. Tomás había pasado ya varios días, por cerca de ellos sin fijarse para nada en lo que hacían. Pero una mañana, un grupo ruidoso de niños que gritaban y alborotaban ruidosamente, le llamó la atención. Venían los chicos corriendo, como si alguien los persiguiera. Y así era en efecto, el hombre que corría diariamente delante del automóvil, según a los muchachos con gesto amenazador. Tomás que, por reflejo, sin duda, de lo mucho que amaba a su hermanita, quería y se interesaba por todos los niños, se paró junto a una alambrada en espera de ver en qué paraba aquella persecución.

Conviene, antes de seguir adelante, que hagamos la presentación de los extraños personajes. El que corría, era el famoso Crogan, famoso porque era el hombre más duro de que se tenía memoria. Estaba sencillamente entrenándose para un encuentro con Spike Norrissey, el célebre campeón. El ocupante del automóvil—el otro era naturalmente el chófer—era el célebre "Jaimou" un empresario que sabía muchas más cosas de las que le habían enseñado. Jaimou había contratado a Crogan y de aquí el espectáculo que ofrecía cada día, en aquellos lugares, el uno en el automóvil y el otro corriendo.

Pero Jaimou no estaba muy satisfecho de Crogan. Le parecía que no corría lo suficiente, lo cual era prueba de que sus pulmones no eran muy resistentes, y siéndolo.

en el encuentro para que se preparaba, saldría vencido. Esto suponía para él, que lo había contratado, una pérdida enorme.

De aquí que aquella carrera se repitiera diariamente y cada vez más larga.

El día que Tomás se fijó en ellos, Crogan no corría ciertamente persiguiendo a los niños, sino que éstos se habían puesto ante él y le habían dirigido algunas frases mordaces. Por otra parte, evitaban también que él corriera con libertad. Todo esto, le había puesto de mal humor y, como consecuencia, en cuanto cogió a uno de los pequeñuelos se dispuso a darle algunos azotes.

Antes de que pusiera en acción su propósito, intervino Tomás para evitarlo:

—¿No le da a usted vergüenza de maltratar a un niño?

—¿Y usted quién es para meterse donde no le llaman?

—En guardia — gritó Tomás.

Emprendieron una lucha. No duró mucho. Crogan cayó, cuán largo era, vencido, en la carretera.

Jaimou asistía, desde el automóvil, a la lucha. Y en seguida se dio cuenta de las admirables dotes de boxeador que tenía Tomás.

Bajó del vehículo y se dirigió a nuestro joven exclamando:

—¡¡Soberbio!!

Tomás se había puesto en guardia creyendo que el del auto venía a atacarle. Pero cuando le oyó, dejó caer los brazos y se sostuvo contra un árbol, pues la lucha le había cansado de un modo extraordinario.

Jaimou se acercó a él y le dijo:

—Muchacho, tienes un brazo derecho bastante respetuoso.

—Sí, pero me canso... cualquier ejercicio fuerte me afecta a los pulmones.

—¿Y no se puede curar eso?

—No sé.

—Bueno, va hablaremos más detenidamente. Ahora,



permitame que le acompañe a su casa. Y tú — añadió dirigiéndose a Crogan — sube al auto y vete a continuar la carrera.

Jaimou y Tomás, juntos, entraron en la casa de éste, donde les recibió la madre. Jaimou telefonó en seguida

a un médico amigo suyo, especialista en enfermedades del pecho, para que examinara a Tomás. El médico no tardó en venir.

Pero antes de que llegara, Jaimou, enterado de que en la casa había una niña enferma, pasó a la habitación donde ésta se encontraba. Claro es que le acompañaron Tomás y su madre. Pero se quedaron a cierta distancia en tanto que Jaimou hablaba con Soledad.

—¿Qué tal se encuentra, linda muchacha?

—Mal, muy mal. Pero pronto me curaré. Pregúntesele usted a mi hermano y verá como es cierto.

—¿Quiere usted mucho a su hermano?

—¡Oh, sí! Es muy bueno! Todos los que lo conocen se lo pueden decir a usted. Todos le quieren. En donde quiera que pregunte por Tomás Harper, el famoso boxeador del ejército expedicionario, no oírán nada más que frases de cariño para él.

—¿Ah! Su hermano, ¿es Tomás Harper?

—Sí, No lo sabía usted?

—No, no lo sabía. Permitame que vaya a estrechar la mano a su hermano, por esta relación.

—Vaya usted, sí. Eso me agrada. ¿Que todos quieran saludarle!

Jaimou, planeando ya un contrato, se acercó a Tomás y le dijo:

—¡Caramba! ¿Conque es usted Tomás Harper, el célebre campeón del ejército expedicionario? Su hermana acaba de decirme lo.

—Sí, ciertamente y soy Tomás Harper. Pero ya ve usted en qué estado me encuentro.

En esto, llegó el médico llamado por Jaimou. Y éste, en seguida, le pasó en antecedentes. Luego le dijo:

—Este muchacho podría derrotar fácilmente a Spike Mowsey, si tuviese los pulmones en buen estado.

El médico examinó, con atención suma, el pecho de Tomás. Duró gran rato el examen, al que todos asistían

en silencio. Ni la enferma, ni la madre, ni Jaimou, ni Tomás, ni el doctor, decían nada. Al fin, el médico dió por terminado su trabajo. Y, con calma, pero también con gran seguridad, dijo estas palabras:

—Le garantizo que con tres meses en las montañas sin hacer ningún ejercicio violento se pondrá completamente bien.

—¿Quiere usted decir?

—Que sus pulmones, todavía no atacados, rechazarán, en absoluto, la enfermedad. Con tres meses, repito, volverá sano, saludable, fuerte, curado.

—Le costo todos los gastos de su cura — dijo Jaimou —, si me promete que luchará con Morrissey.

—Hijo mío, mira lo que haces. Ya sabes que tu enfermedad proviene precisamente del boxeo.

—Sí, madre, ya lo sé. Pero he aquí que, en esta ocasión, puedo ponerme bueno y, además, ganar dinero suficiente para curar a mi hermanita, que la pobre sufre no debiendo sufrir, puesto que sabemos puede curarse.

—En efecto — afirmó Jaimou —. Si Tomás, señora, triunfa ganará dinero suficiente para curar a su hermanita, para que esa pobre pequeña tenga unos pies tan ágiles como la mejor bailarina rusa.

Afortunadamente, se habían alejado, al hablar de este modo, de la cama de la enferma. Pues habría sido harto doloroso para ella oír hablar de estas cosas, ver que su hermano estaba decidido a volver a boxear por ella y sólo por ella, con disgusto de su madre que no podía soportar tampoco forma de ganar dinero.

—Ya lo sabes, hijo mío, el boxeo me repugna, lo odio, creo que es una cosa brutal, la más brutal de cuantas conozco, sé que es la causa de que te encuentres enfermo y esto aviva mi odio y mi repugnancia hacia él. Y si bien es verdad que ahora puedes ponerte bueno es con la condición de volver a boxear, es decir, de volver a poner enfermo. Ganarás pues, con tu enferme-

dad futura, la salud de tu hermana. ¿Podemos tranquilamente aceptar eso?

—Te juro, madre mía, que no lucharé nada más que una vez; ésta que se me exige para pagar mi curación. Estoy seguro de que triunfaré. Y triunfando, Soledad se curará. Y curada Soledad, todos estaremos contentos. Porque no volviendo yo a luchar, no habrá el peligro de que enferme nuevamente.

Estas razones, no acababan de convencer a la madre, que guardó silencio. Pero he aquí que en aquel momento llegó de la calle, por el balcón, un ruido de niños. Jaimon, para quien nada pasaba desapercibido, lo advirtió. Procuró ver lo que era. Y cuando lo hubo visto, logró llevar hasta allí, para que lo viese también, a la madre de Tomás.

Eran unas lindas muchachas que, cantando, saltaban a la comba. Escena tierna, poética y delicada que logró claro es, conmover a la señora. En este momento, el momento psicológico, Jaimon dijo:

—He ahí, señora, lo que ahora está prohibido a su pequeña Soledad. Yo le ofrezco a su hijo, cierto que porque a mí me conviene también, un medio para que su pequeña, pueda, como esas niñas, saltar y cantar. Más usted no quiere...

—Sí quiero... Quiero con toda mi alma la curación de mi hija. Pero no me parece honrado, ni noble, ni digno obtenerla con perjuicio de la salud de su hermano.

—Nada de eso ocurrirá. Su hermano se pondrá bueno. Luchará una sola vez, lo que no puede perjudicar en nada su salud, y ganará dinero sobrado para que cure su hermana... La cosa es bien sencilla.

Con un gesto, aceptó la madre infortunada, que no sabía que es lo que era mejor...

Volviendo a la habitación, Jaimon y ella, Tomás, al verlos, comprendió que su madre había convenido. Se acercó a ella y le dijo:

—Ya sé, madre, que te prometí dejar el boxeo. Pero lo hago por Soledad, sólo por ella. Y nada más que una vez. Te lo juro. Una sola vez y nunca más.

III

Obedeciendo todas las instrucciones dadas por el doctor traído por Jaimon y con el supuesto nombre de Smith, Tomás comenzó a entrenarse en secreto, allí en un pueblo lejano, metido en el corazón de una fragorosa montaña poblada de arroyuelos y de cascadas, de bosques y de vegetación tan extraña como extraordinariamente bella.

Al propio tiempo que recobraba la salud, respirando aquellos aires puros, se entregaba a ejercicios de toda clase y naturaleza, para los que no fueron menester gran esfuerzo, con los cuales aumentaba la elasticidad y la agilidad de sus miembros, o sea, se entrenaba para la lucha que, al final de su curación, había de sostener.

En el mismo pueblo donde Tomás pasaba las noches, pues que los días los pasaba, ovejero, en la montaña, vivía una muchacha, llamada Enriqueta Moore, que era una de las mujeres más hermosas y más bellas que en el mundo han sido. Tenía gracia, encanto, hechizo, algo de maravilla en su rostro; y su cuerpo era un modelo acabado de armonía; y su voz tenía timbres suaves, fríos, excepcionales; y toda ella, por completo, era una extraordinaria obra de arte, pero viva, ofrecida por la naturaleza para delicia y recreo de cuantos la viesen.

Tomás no la había visto aún. ¡Y llevaba ya bastantes días cerca de ella!

Hacia ya cinco años que otro habitante del pueblo,

Felipe Brand, pretendía a Enriqueta, aunque en verdad no tenía ninguna probabilidad de ser atendido. No obstante esto, casi no pasaba día sin que Felipe hiciera, ante la bella joven, alguna mención a su amor.

Una mañana, que Enriquez salía de su hogar, en traje de caza, apenas había dado unos pasos por el camino, hacia la montaña, cuando le salió al paso, montando un caballo de hermosa estampa, Felipe Brand.

Buenos días, Enriqueta.

Buenos, Felipe.

—¿Vas de caza?

—Sí. A ver si logro, en la montaña, cazar algún ave rara. Es mi manía.

¿Quieres que te acompañe?

Gracias. Prefiero ir sola. Si llevo compañía, la caza me distrae y entonces no puedo cazar nada.

—Siento mucho que te niegues el que te acompañe. Puedes creerlo, Enriqueta. Claro es que habríamos charlado. Nuevamente te habría hablado de mi amor, que es más fuerte de lo que yo imaginaba y mucho más grande de lo que puedes tú imaginar.

Precisamente porque no quiero que hablemos más de ese asunto, es por lo que prefiero ir sola a la montaña.

—Luego, ¿continúas negándote a aceptar mi ofrecimiento? ¿No quieres ser mi esposa?

—No, Felipe, ya lo sabes. Te quiero profundamente, como a un buen amigo, pero no te amo, y sin amor no puedo, no debo ser tu esposa. ¿Para qué insistes en ello? El amor no es una cosa que se improvisa. Tampoco se puede amar por voluntad. El amor es algo que se siente o no se siente y nada más. Y yo no siento amor por ti. ¿Cómo, pues, había de ser tu esposa? Absurdo, absurdo.

—Bueno, Enriqueta. No te molestaré más. ¡Adiós! Se estrecharon la mano, despidiéndose. El hombre

continuó, montado en su caballo, por el camino. La joven se internó en la montaña. Poco después, ya en pleno bosque, cruzó un ave a ras de tierra, por cerca de un arroyuelo. Enriqueta disparó. No tuvo acierto. El ave huyó sana hacia las alturas. Mas el tiro había hecho blanco. ¿Cómo? Enriqueta vió un sombrero que volaba, humeando. "¿De quien será ese sombrero?" se preguntó la joven. Se fijó en el sitio hacia donde había disparado; había allí un hombre. Enriqueta, sobresaltada, se dispuso a ir hacia allá. Tería que dar un gran rodeo. Empezó a andar, deprisa, inquieta, temiendo haber corrido a aquel desconocido...

El cual no era otro que Tomás. Estaba nuestro joven pescando. ¡Calmosa distracción! Oyó el disparo, vió su sombrero que volaba, atravesado por la bala y alzó la vista, que dirigió a todo el contorno, buscando al cazador. No vió a nadie. Cuando, convencido de que no vería a quienquiera que fuese el que había disparado, se disponía nuevamente a continuar su pesca, vió aparecer ante él a una joven bellísima. Era Enriqueta. Se quedó sin habla ante aquella aparición inesperada y maravillosa.

—Perdone usted — dijo la joven — mi indiscreción. No suponía que hubiese nadie en todo este contorno.

—Esto no es nada, señorita. Estoy acostumbrado a ir cerca de mí, no uno, millares de disparos. ¡Acabo de regresar de la guerra!

Enriqueta le miró a la cara, fijamente. Y, con sorpresa y con dolor que Tomás estaba herido. De su cabeza, en efecto, salía un filillo de sangre.

¡Oh! — exclamó la joven —. ¡Pero si está usted herido!

—No sufras por ello, señorita. Mire si será poca cosa que mi siquiera me haya dado cuenta de ello. Por otra parte, también estoy acostumbrado a esas curietas.

—Pero es preciso curarle...

Tomás, que seguía maravillado de tener tan cerca una mujer tan bella, incapaz de una fea acción, como hubiera sido el arrojarla sobre ella y abrazarla — y esto era lo que más deseaba — buscó un medio, un tanto simplista pero de seguros resultados, para sentir sobre él las manos de ella, que de cualquier modo que se le acercaran serían para él una caricia. Y se desmayó, es decir, hizo como que se desmayaba.

Ante esto, claro es, Enriqueta se le acercó, cogió su cabeza con ambas manos y la alzó hasta la altura de sus fallos, después de haberse sentado sobre la roca. Y ya en esta posición, avió cuidadosamente la herida y luego la vendó. Cuando ya ella había hecho todo esto, Tomás creyó llegado el momento de volver en sí.

Había ocurrido todo tal como él lo imaginara. Las manos de ella, curándole, le habían acariciado. Se sentía tan feliz, que no acertaba a decir ni una palabra.

Fue ella la que rompió el silencio.

—Debe usted venir al pueblo a que le examinen la herida.

—¿Usted que es preciso?

—Sí, imprescindible.

—Pues vamos.

Emprendieron la marcha juntos. Y sólo muy de tarde en tarde cruzaban la palabra. Iban los dos pensando mil cosas diversas, todas agradables. Él sentía en el fondo de su alma una sensación nueva, no sentida hasta aquel día. Ella también advertía que habían entrado en su cerebro pensamientos nuevos, relacionados con aquel encuentro inesperado. El Destino había tendido un hilo invisible pero fuerte, entre aquellos dos seres. Y ellos empezaban a darse cuenta de ello.

En silencio, llegaron al pueblo. Tomás, apenas había visto de día a las gentes que en él vivían. Ni siquiera conocía las calles. Y mucho menos, las costumbres de sus moradores.

Cuando llegaron, eran las doce de la mañana, la hora en que todo el mundo se ha echado a la calle y vive la vida de relación. En las esquinas, en las plazas, en las puertas de las tabernas, los hombres discurren, se acaloran, pelean, pues era en verdad un pueblo nacido para la pelea.



Cuando atravesaban una plaza, bastante concurrida, dos niños, en el centro, luchaban. En torno de ellos, gritando y azuzándolos, se hallaban las personas mayores. El niño vencido huyó. Surgió una disputa entre dos viejos. Poco después peleaban también. Y hasta las mujeres, que no es corriente que les guste pelear, como detestan al hombre cobarde, cuando los viejos cesaron en su lucha, dos de ellas se enzarzaron en una polémica airada que también terminó a golpes.

Enriqueta y Tomás presenciaron estas escenas. Y

Tomás se dijo a sí mismo: "Y Jaimón se creyó que me había mandado a entrenarme a un pueblo tranquilo".

La verdad era que, siendo la aldea muy pequeña y el campo que la rodeaba muy pródigo, las gentes no tenían que hacer grandes esfuerzos para ganarse el sustento y, por lo tanto, gastaban sus fuerzas en pelear.

Todo el puebloció llegar juntos a Enriqueta y Tomás. Y horas después, no se hablaba, en todos los corrillos de otra cosa. Los que tenían más mala lengua, fueron a buscar a Felipe Brand para contarle lo que habían visto, por si acaso él no lo sabía. Los primeros en encontrarle fueron, el hazme-reir del pueblo, un tipo cómico, y el linche del lugar, un hombre que sin saber nada de nada, discentia de todo.

—¿Sabes lo que ocurre, Felipe? — dijo el primero.

—Yo no quiero entrometerme. Pero hemos visto a Enriqueta Monroe salir de caza y volver con un hombre...

Y el otro añadió:

—Y por cierto que es muy simpático el hombre. Y parece que está chiflado por ella. La miraba de un modo...

Felipe no contestó nada, pero se veía que se había puesto de muy mal humor.

Entretanto, Tomás había sido examinado en casa de Enriqueta, por el médico de la aldea. El cual aseguró que la herida no tenía ninguna importancia, cosa que ya sabía Tomás, pues que apenas si aquello le molestaba.

Luego salió y se dirigió a la casa de correos. Tenía allí una cariñosa carta de su hermanita Soledad, la pobre enferma que esperaba, en su lecho de impedida, el ya, según todos, cercano día de su curación.

IV

Pasaron los días y, con ellos, la amistad de Enriqueta y Tomás se transformó en amor.

El entrenamiento de Tomás, ahora, seguía siendo, naturalmente, al aire libre, pero con otros ejercicios, más bien mentales, buscando en su cerebro las frases más ricas de significado para expresar a la bellísima a la encantadora Enriqueta, la profundidad, la firmeza, la terrible grandeza de su amor. Amor que era, por entero, correspondido.

Aquella montaña fragorosa, aquellos arroyuelos, e bosque, la selva tupida y húmeda, fueron testigos del idilio erandido de nuestros dos jóvenes que parecían, en efecto, haber nacido el uno para el otro. Tan iguales eran en sensibilidad, en delicadeza de sentimientos, en bondad de corazón, abierto a todas las corrientes de simpatía por las cosas bellas.

Se decían las frases más tiernas y más emocionadas, estremecidos por el fuego de su pasión, capaz por sí misma de haberlos transformado...

Tomás estuvo tentado, muchas veces, de contar a su amada todo el secreto de su estancia en aquella aldea hija y apartada; sus culpas por su hermana Soledad; su juramento a su madre de no luchar nada más que una vez, de contarle, en fin, todo. Pero la promesa hecha a Jaimón, de guardar absoluto silencio sobre su personalidad y propósitos para evitar que Morris se pusiera en guardia, le sellaba los labios. Supo contenerse hasta ante ella, que era ya, junto con su madre y su hermana, lo primero para él en el mundo.

Llegó la fecha en que terminaba el plazo que tenía para estar en la montaña. Llegó la hora de volver

a la ciudad, para que le viese el doctor y dictaminara si podía luchar, pues el día de la lucha estaba ya también muy cercano. A él le parecía que sus pulmones estaban completamente bien. En cambio su corazón estaba trastornado, marchaba velozmente y latía con una fuerza inusitada.

La mañana de la despedida, se encontraban fuera ya de la casa de Enriqueta, en el camino, sombreado por árboles seculares. Caminaban abrazados, como no sabiendo separarse y, de vez en vez, se besaban con cariño, con amor, con pasión. Solo el amor, sentido de una manera tan intensa, permite estos besos libres, en pleno campo.

La maravillosa criatura que Enriqueta era, se dejaba besar y besaba, porque toda ella, tan delicada, no era otra cosa que amor, esencia de amor, un bello ramaje de flores que amaba hasta la locura.

Pasó mucho tiempo sin que hablaran. ¿Para qué? Las caricias, los besos, las miradas, lo decían todo.

Pero se acercaba la hora del tren en que Tomás había de partir. Y dijo éste a la amada:

—Regresaré pronto, Enriqueta, para decirte muchas cosas que ahora no te puedo decir.

—Adiós, amor mío! — contestó ella.

Se besaron por última vez. Y Tomás se alejó.

Felipe Brand llegó a aquel apartado rincón del camino a tiempo de asistir al último beso de despedida. Y en cuanto Tomás se retiró un poco, se acercó a Enriqueta y le dijo:

—Nadie me va a quitar en tres meses lo que he estado amando tanto tiempo.

Sin esperar respuesta, emprendió, con prisa, el mismo camino que Tomás siguiera, como para ir a buscarlo. Enriqueta, temiendo algo, le siguió.

Alcanzaron a Tomás en la plaza más concurrida del

pueblo, cerca ya de la estación del ferrocarril. Felipe se puso delante de Tomás y exclamó con sarcasmo:

—Sentimos mucho que se vaya usted tan pronto, señor Smith.

Tomás, sorprendido por aquellas palabras no supo qué contestar. Se estremeció advirtiendo un conflicto inesperado y por esta causa, se le cayó al suelo otra carta de su hermana que acababa de recoger en correos.

Felipe puso un pie encima de ella y al ver que Tomás a recogerla, su rival le dio un tremendo empujón que casi le hizo caer al suelo.

Tomás, indeciso, miró a su adversario y este legritó:

—¡Venga, hombre! ¿Acaso tiene miedo de pelear?

Todos los nervios de Tomás vibraron como por efecto de una sacudida eléctrica. Sentía unos deseos enormes de castigar a aquel hombre, pero se acordó de su hermana, de los consejos del doctor, de todo lo que le había llevado a aquel pueblo. Y aunque su novia estaba delante, lo que le daba una gran vergüenza, hizo esfuerzos por contenerse recurriendo a toda su sangre fría. La salud de su hermana así lo demandaba. Prefería pasar por cobarde a cometer la imprudencia de una lucha que sería la pérdida de toda esperanza para aquella criaturita inocente que sufría.

Felipe entonces se envalentonó. Y arrojándose sobre Tomás, que ni siquiera se defendía, golpeándole, gritaba:

—¡Vamos, pelee! ¿Es usted más cobarde que un conejo?

Cobarde en apariencia, Tomás, delante de su novia, llorando interiormente lágrimas de sangre, recibió, con paciencia, la paliza.

En esto, se oyó el pitido del tren. Tomás saltó corriendo hacia la estación. Algunos hombres del pueblo le siguieron largo rato gritando:

—¡Vete a casa, cobarde! ¡Vete a casa!

— Ya en el tren, Tomás, avergonzado y sintiendo de un modo horrible, por lo que de él pudiera pensar Enrique, ya que ella no sabía los motivos de su aparente cobardía, empezó a imaginar un plan de cumplida venganza, pública y notoria, contra su adversario. «Volveré — se decía — en cuanto haya vencido a Rowley y ganado lo suficiente para que mi hermana no sufra más. Volveré, y, en el mismo sitio, daré su merecido a ese despreciable individuo».

A pesar de haberse hecho este propósito, llegó a su casa triste y preocupado. Ni siquiera pensó en escribir a Enrique, contándole el porqué de su actitud. Aunque lo hubiera pensado, no habría escrito. Todo lo que hubiera podido decir en una carta lo habría juzgado poco convincente. El hecho era demasiado doloroso para él y no quería dar explicaciones. Prefería esperar la cercana oportunidad de su venganza devolviéndole la paliza, con la agravante, para su adversario, de que éste se defendería y de que toda su defensa sería inútil.

La hermana y la madre le recibieron con los brazos abiertos, encantadas de verle tan fuerte, tan sano, tan lleno de vitalidad.

Soledad estaba fuera de sí de tanta alegría y cuando su hermano la cogió, como de costumbre, en sus brazos, notó que se habían puesto mucho más duros. Y dijo, que para servirle de almohada era un inconveniente, era también una gran ventaja para la lucha próxima.

Al día siguiente vinieron Jaime y el doctor para examinarle. Y en el examen, Tomás hizo maravillas de fuerza y de destreza, lo cual encantó, tanto como al doctor, o más, al empresario.

— Está usted — dijo el doctor — magníficamente preparado. El que le gane, si alguien fuera capaz de

pagarle, tendría que ser un verdadero fenómeno. Dentro de las fuerzas humanas, es imposible que le venzan.

— Eso es lo que es menester — gritó alegremente Jaime.

— Les aseguro a ustedes — aseró Tomás — que el más interesado de todos en salir triunfante, soy yo. Primero, por pagar a usted — dirigiéndose al empresario — sus sacrificios monetarios de estos tres meses. Claro que no se los he de pagar personalmente, sino que usted los ganará con creces, al ser mi empresario. Segundo, por proporcionar a usted, doctor, un triunfo profesional, de que yo soy el primero en alegrarme, pues que ello es prueba de que mi salud es perfecta. Tercero, por ganar una cantidad fabulosa, con la cual sacaré de apuros a mi pobre madre y acabaremos con la enfermedad de mi hermanita. Cuarto, por satisfacción personal y por otros motivos que yo me sé.

— ¡Adiós aquí, verdaderamente, a lo que le había ocurrido en el pueblo.

Jaime y el doctor apañaron sus explicaciones, complacidos de verle tan predispuesto para la lucha. La madre, en un rincón, lloraba de agradecimiento y de alegría, tanto por ver a su hijo curado, fuerte y sano, cuanto por pensar en que pronto se resquebraja. Soledad también estaba ya buena, libre de aquella maldita parálisis. La hermana le miraba con los ojos encorvados, fijamente, con admiración y con cariño. Tan contenta estaba, que acudieron a sus ojos, subiendo desde el corazón y después de haberle puesto un nudo en la garganta, unas lágrimas tiernas, sedantes, finas y delicadas como una caricia.

V

Pocos días después llegó el día de la lucha; el día de la pelea por Soledad, como desde primera hora le había llamado Tomás.

En el campo, junto al sitio destinado para el espectáculo, había, desde el amanecer, una ahigarrada multitud, ansiosa de presenciar la terrible contienda.

Soledad Morrissey, que tenía unos puños de hierro, unos puños mortales, contaba, entre los espectadores, con inmensa mayoría de partidarios.

A Tomás, casi nadie le conocía. Solo los aficionados a leer — y ya se sabe que estos son pocos en todo el mundo — sabían que había sido campeón del ejército expedicionario.

Para que aún aumentaran los partidarios de Morrissey, éste tenía un cuerpo formidable, casi monstruoso de tan terrible, y ya es sabido que los ignorantes suponen que sólo son fuertes los hombres así. En cambio Tomás tenía un cuerpo más bien delgado, flexible, de regulares proporciones.

Por esto, los más ignorantes de entre el público, le recibieron con frases de mal gusto, alusivas a su incapacidad para una lucha de aquella naturaleza.

Entre los espectadores, cerca del tablado, había un habitante del pueblo de Enriqueta Monroe, el cual había presenciado lo ocurrido entre Tomás y Felipe Brand. Por esto, en cuanto vió a Tomás, exclamó dirigiéndose a los que había cerca de él:

— Si ese tipo es boxeador, yo soy capaz de ordeñar a una vaca con guantes de boxeo.

Algunos rieron la comparación absurda y otros le

contestaron defendiendo a Tomás y asegurando que peleaba muy bien.

— ¡Que ha de pelear! — añadió aquel —. Si en un pueblo de Virginia, de donde yo soy, le dieron hace poco una paliza y ni siquiera se defendió.

— Estaría entrenándose — dijo alguien.

— Quizá sí — dijo el del pueblo, y ya no habló más.

Se hicieron todos los preparativos entre los numerosos gritos del público, tan parecido al de las corridas de toros, y, hechos ya, empezó la lucha.

Jaimou y el doctor estaban juntos. Al lado de ellos, se hallaban los periodistas. Uno de estos, bastante entendido en estos menesteres, escribía sus notas. Casi todos los demás, no hacían más que copiar sus palabras.

Del primer encuentro, este periodista escribió: "Harper entró fuerte. Morrissey, no se sabe cubrir en absoluto".

El doctor gritaba:

— Así, así, Harper. De ese modo no te puede pegar.

Jaimou, más impaciente, decía al doctor:

— Es listo, sí, no cabe dudarlo. Pero, ¿dónde está ese perrazo definitivo?

— Espere hombre, no se inquiete; cuando Tomás le ataque duro lo hará polvo.

Del segundo encuentro, escribió el periodista: "Harper pega con la derecha al cuerpo. Morrissey está besando el suelo".

En el tercer encuentro, los luchadores estuvieron gran rato abrazados, sin acertar a separarse.

El doctor gritaba:

— ¡Métale, Harper! Acuértese de lo que le va en ello.

Un momento después, Morrissey caía al suelo. Y el periodista escribió: "A Morrissey le salva la campana. Está más frío que las estepas rusas".

Se levantó al fin, con tiempo y reanunció la lucha. Mas era la hora del descanso.

Ambos luchadores se vieron pronto rodeados por sus respectivos admiradores y partidarios que les daban consejos, advertencias y palabras animadoras. Jaimou dijo a Tomás:

—¿Por qué no le pegabas más fuerte?

—Desde que hemos empezado — dijo Tomás —, no le he visto nada más que una vez. Ha sido cuando él cayó al suelo por efecto de mis certeros golpes.

Pasó el descanso y se reanudó la lucha. Visiblemente Tomás estaba más cansado que su adversario. Todos lo advirtieron. Y los gritos de ánimo para Morrissey, provenientes de sus amigos, se hicieron más enardecidos:

—¡Vamos, Spike! ¡Ahora lo puedes tumbar de un soplo!

—¡Pégale en la cara, Spike! ¡Ya no se puede tener en pie!

—¡Ya es tuyo, Spike! ¡No ve más que las estrellas!

—¡Date prisa, Spike, hombre! ¡Las mareas le están pidiendo porrazos!

No se sabe por qué, Tomás, en esta ocasión, estuvo muy torpe. El periodista escribió: "La campana salvó la vida a Harper. El público gritaba: ¡Cobarde, cobarde!"

Tomás se rehizo, enardecido y exaltado, como haciendo un llamamiento a todas sus fuerzas.

El doctor, habiendo visto tan decaído a Tomás, dijo a Jaimou:

—Deberíamos poner término a esto. Es cometer un crimen el dejarlo terminar.

Pero Jaimou no le escuchó. Y, como había oído la historia del quebecito de Virgilio, se la recordó a Tomás, a gritos, para infundirle ánimos.

Tomás, ciertamente, no los necesitaba. Estaba dispuesto a vencer o a morir aquel día.

Uno gritó, dirigiéndose a él:

—¡Vamos hombre, tienes miedo de pelear!

Otro, dirigiéndose a Morrissey gritó:

—¡Cúbrete, Spike, que apuesto un peso a tu favor.

Tomás, acordándose de todo, se transformó. Y la envergadura a golpes, cada vez más certeros, con su adversario. Pronto le tuvo casi vencido. Estaba ya en el ánimo de todos que vencería. El periodista escribió: "Morrissey pierde un puñetazo. Harper descarga uno en la quijada. Morrissey ya no puede más."

Se cumplían los vaticinios del periodista. ¡Morrissey, en efecto, no podía más! Un grito del doctor dio nuevos ánimos a Tomás.

—¡Ahora es la hora, Harper. Ya está agotado!

Era, en efecto, la hora. Un nuevo golpe de Tomás, terrible y certero, decretó la victoria. Morrissey quedó, por completo, vencido. Tomás salió victorioso.

Le rodearon, le felicitaron. Ruido ensordecedor en torno a él. Mas pronto pudo desprenderse de cuantos le rodeaban y correr a su casa, con la cartera ya repleta de billetes.

Cuando llegó, la madre, impaciente, le esperaba. Arrojó sobre su falda aquel montón de dinero, ganado en un momento, que representaba la salud de su hermana y la alegría, por ello, de su madre, a la cual con ternura abrazó. Luego fue a abrazar a la enfermita, que le recibió tan contenta como siempre. ¡La pobre, procuraba constantemente no estar triste para no dar pena a los que la rodeaban!

—¡Oye, hermano — dijo después del abrazo —, acabo de soñar que los Reyes Magos, y eso que ahora no es su tiempo, me habían traído una espada nueva.

—Pues mira, aunque no han sido los Reyes, acaban de traerla. Te la he traído yo. Mañana mismo partecís,

mamá y tú, para New York, en donde has de curarte. En cuanto a mí, ya iré después en vuestra busca. Ahora tengo que hacer otro viaje...

—¿Adónde?

—A aquel pueblo de la montaña en donde he estado tres meses.

—¿Para qué vas?

—Todavía es pronto para decir el motivo principal de mi viaje. En cuanto a motivos secundarios tengo varios: para ir; volver a respirar el aire que me ha devuelto la salud; saldar una cuenta con un individuo de allí...

Entró en esto la madre y Tomás se despidió, a un tiempo, de las dos:

—Adiós. Voy a coger el primer tren. Nos veremos en New York. ¿Quién sabe si yo iré acompañado...

—Bienvenida sea tu compañía si la traes, hijo mío.

—¡Tráela, sí, hermano! Yo quiero que tengas una esposa. La querré mucho. Y si me pongo buena, bailaré para distraerla.

—Gracias, madre mía; muchas gracias, hermana mía, por vuestros buenos deseos. La mujer de que estoy enamorado me parece digna de todo vuestro cariño; digna de convivir con vosotras...

—Pues ve pronto por ella — dijeron a un tiempo la madre y Soledad.

Casi a la misma hora, pasaban por la estación del apartado pueblo donde vivía Enriqueta, los dos trenes, el de ida y el de vuelta a la ciudad. Así es que Tomás llegó en plena mañana, a la hora, poco más o menos, que había salido el memorable día de la caliza.

La plaza del pueblo estaba, pues, muy concurrida. O mejor, todos los habitantes del pueblo se hallaban en la plaza. Y esto era precisamente lo que Tomás deseaba.

Este aquellas gentes estaba también, claro es, Fe-

lipe Brand. Era e él a quien Tomás buscaba. Y en cuanto le encontró le dijo suavemente:

—Venga usted aquí, amigo mío. Tenemos que ajustar una cuenta. He de devolverle alguna cosa. Y he de darle otras que merece.

Felipe, sorprendido, exactamente igual que Tomás en la otra ocasión, no supo que contestar.

—¡Vamos hombre! — insistió Tomás — ¿Acaso tiene miedo de pelear?

Todo el pueblo había rodado ya, ansioso, a los dos recales. Hasta Enriqueta, por casualidad, llegó en aquel momento.

Al fin, Felipe, no pudiendo resistir la pelea, se puso en guardia. De dos golpes, Tomás lo arrojó al suelo. Se levantó, enfurecido, dispuesto a la defensa. Otros dos golpes certeros bastaron para desarmarle y derribarlo, tendido como un fardo, tendido como un fardo era.

Las gentes aplaudían a Tomás, sin explicarse lo que pasaba, pues ellas mismas habían presenciado, días antes, todo lo contrario de lo que ahora veían.

Tomás buscó con la mirada a Enriqueta. Y esta, saliendo de entre la multitud, se acercó a él, cariñosa, enamorada, y le dijo:

—No es necesario que me des explicaciones. Tomás lo sé todo.

—¿Cómo?

—Sí. Lo he averiguado. Para que un hombre se deje pegar delante de su novia, para que tenga la valentía de no defenderse en presencia de ella, ha de haber razones muy poderosas. Procuré saber cuáles eran las tuyas y las he sabido. ¡Nada permanece oculto para una mujer que ama!

—Oh, amada Enriqueta! ¡Cuan felices vamos a ser!

Pasó un poco de tiempo. Enriqueta y Tomás se casaron. Soledad recobró por entero la salud. La madre estaba trastornada de alegría. Vivían todos juntos.

en el viejo hogar de Tomás. Y todos eran muy felices. Luego, en las largas veladas, Enriqueta tocaba el piano y Soledad danzaba en tanto que Tomás y su madre asistían, embelesados, a aquel espectáculo, prueba evidente de la felicidad común.

FIN.

TITULOS DE LAS NOVELAS PUBLICADAS

ROBIN DE LOS BOSQUES,

por Douglas Fairbanks.

EL SELLO DE CARDI,

por Betty Blythe.

LA AGONIA DE LAS AGUILAS,

por Severin Mars y la Morlay.

LA CASA DEL MISTERIO,

por Masjoukine y Elena Daryl.

DIA DE PAGA,

por Charles Chaplin (Charlot).

UNA CARRERA EN KENTUCKY,

por Reginald Denny.

EL FLIRT,

por Ellen Percy.

CHIKILIN y CHIKILIN HOSPICIANO,

por Jackie Coogan.

THEODORA,

por Rita Jolivet.

¡QUE TONTOS SON LOS MARIDOS!

por Enid Bennett.

SEÑAL DE AMOR,

por Mary Pickford.

DISTRACCION DE MILLONARIO,

por George Arliss.

LA DUQUESA MISTERIO,

por Hesperia.

LA DUQUESA MISTERIO,

por Hesperia.

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN,

por Maria Prevost.

EL TRIUNFO DE LA VIA FERREA,

por Anna Tell.

PRECIO DE CADA EJEMPLAR, 25 céntimos

Publicaciones Cinematográficas

Colección de 125 retratos-postales de los mejores artistas de la pantalla.

Cada postal fotográfica, 0'20 ptas. La colección completa, franco de portes, 22 ptas.

Magificas ampliaciones artístico-fotográficas (24 x 30) de los «ases» del cine, a 1'25 ptas. ejemplar, franco de portes.

ARGUMENTOS-NOVELAS DE SERIES CINEMATOGRAFICAS

El hombre sin nombre.—Hermoso tema en octavo grande, con ilustraciones; extensa lectura refiriendo en forma de novela la trama de tan interesante serie. Ejemplar, 1'50 ptas.

La hija de la ajusticiada.—Cautivante narración literaria en la que se describe un episodio de la vida íntima de Napoleón. 0'60 ptas. ejemplar.

El Doctor Mabuse.—Obra de intriga, cuyo asunto se desarrolla en la alta sociedad alemana, lleno de interés hasta su epílogo, en que el bien triunfa de la malicia. 0'50 ptas. ejemplar.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial, Barba, 15, Apartado 925 — Barcelona**